

España ante la guerra colonial de 1895 a 1898: Leopoldo Alas (Clarín), periodista, y el problema cubano

Yvan Lissorgues

—47→

¿Cuáles fueran las repercusiones de la guerra de Cuba en el pueblo español?

Sobre los aspectos políticos, militares e incluso económicos, ya tenemos varios estudios valiosos¹, más o menos recientes; además es más que abundante la «literatura del desastre»; pero lo que falta es un conocimiento preciso de lo que pensaban las varias clases sociales del problema colonial y de cómo vivieron la guerra.

Una de las fuentes más importantes para emprender tal estudio la constituyen los periódicos, y actualmente, gracias a las investigaciones de Pérez de la Dehesa² y Blanco Aguinaga³ sobre Unamuno⁴, de Inman Fox sobre Maeztu⁵, y con la publicación de los artículos de Pablo Iglesias⁶, tenemos a mano documentos que aclaran no sólo la posición de algunos personajes de primer plano, sino también la de ciertos sectores sociales.

Al respecto, el conjunto de los artículos de Clarín, a los cuales hay que añadir algunos cuentos (*El Rana*, *La contribución*, *El sustituto*), nos ofrece una visión -enfocada, claro está, a partir de la propia ideología del autor- viva y humana de las consecuencias de la guerra en ciertas categorías sociales y en las varias instituciones españolas: el pueblo trabajador, los ricos en general y los que sacan provecho del conflicto, el ejército en el que hay que distinguir los mandos y los soldados, la Iglesia y

sus clérigos patrioterros y levantiscos, los periódicos, en su mayoría belicistas... Analizaremos este aspecto de la obra de Leopoldo Alas por el panorama social que nos ofrece, ya que pensamos que varios elementos objetivos se pueden percibir a través de la visión personal del autor.

—48→

Además parece muy significativo mostrar cómo un intelectual liberal burgués vivió y sintió los problemas que se plantearon en la sociedad española con motivo de las guerras coloniales.

La posición de Clarín frente al problema cubano, frente a la guerra y su actitud después de la derrota se dibujan con vigor y constituirán una parte importante de nuestro estudio.

Pero antes, nos parece útil esbozar un cuadro, necesariamente limitado e imperfecto por apoyarse en resultados de investigaciones muy parciales y a veces en documentos de segunda mano, de la posición de los varios sectores políticos y sociales frente al problema cubano.

* * *

De la guerra a ultranza a la oposición a la guerra, pasando por la guerra necesaria

El epígrafe parece resumir las posiciones de los varios sectores políticos que actuaban de un modo u otro en la historia de la época, sea directamente cuando tenían o aspiraban al poder (conservadores y liberales), sea a través de la prensa (republicanos de todos los matices, federales, anarquistas, socialistas).

¿Pero qué pensaba la inmensa mayoría, los que no podían hacerse oír, los que costeaban la guerra con su sangre y su dinero? No es fácil contestar la pregunta y nos declaramos incapaz de hacer una síntesis de la cuestión, porque carecería de las bases documentales imprescindibles y también porque, de ser posible, rebasaría pretenciosamente los límites del estudio anunciado. Aun ateniéndonos a los grupos políticos organizados, sería preciso tener en cuenta las evoluciones que, desde el principio de la guerra, en febrero de 1895, hasta la derrota de Santiago el 3 de julio de 1898, imponen los acontecimientos y particularmente la intervención de los Estados Unidos, que levanta una amplia oleada de nacionalismo; no lo podremos hacer sistemáticamente.

Los partidarios de la guerra a ultranza, en un principio sobre todo los conservadores, son los que, por conservadurismo cerrado o porque tienen intereses en la Isla (*v. gr.*, Romero Robledo,...) o porque están relacionados de un modo u otro con el partido español cubano, la Unión Constitucional, quedan aferrados a las recetas del colonialismo asimilacionista. Son, poco más o menos, los que hicieron caducar en 1893

la, sin embargo tímida, reforma descentralizadora de Maura, que a la sazón hubiera satisfecho algunos sectores de la burguesía criolla agrupada en el Partido Liberal Autonomista⁷. Son los que, muy lógicamente, apoyan a Weyler cuando reemplaza a Martínez Campos a fines de 1895 y aplauden sus métodos —49→ radicales. Pero todo eso es bastante conocido para que sea necesario insistir...

Lo que cabe subrayar es que, cuando se ve claramente que los *insurrectos* piden la independencia de la Isla, la mayoría de los que combatían el *status quo* defendido por los colonialistas a la antigua, y que abogaban por la autonomía, consideran que la guerra es necesaria para mantener la «integridad de la patria». A partir de entonces, con respecto a la guerra, hay sólo diferencia de matices entre los ultraconservadores y los demás, incluso los republicanos; sin que se borren los antagonismos entre los varios grupos políticos, el común denominador entre todos es la necesidad de conservar la unidad indestructible entre España y América.

Innumerables declaraciones sobre dicha unidad se podrían sacar de la prensa republicana; por ejemplo, en *La Publicidad* del 28 de marzo de 1896 leemos la siguiente nota de la Unión Republicana, firmada por Salmerón, Azcárate, Pedregal, Blasco Ibáñez, Labra, Esquerdo: «Es de interés supremo el mantener a toda costa y sin reserva la integridad de la patria»⁸. Este criterio, que en nada difiere del de Cánovas, que declaraba el mismo año que el conflicto «es una guerra de conservación de nuestro territorio, es una guerra de integridad de la Patria», es también el de Castelar, más opuesto aun que los demás republicanos a la concesión de libertades a las «provincias de Ultramar». El 23 de marzo de 1897, en el banquete el redactor de *El Liberal*, Luis Morote, declaraba:

Brindo por la integridad, la totalidad e integridad del suelo patrio, no ya menguado y escindido cual lo quieren cuatro locos, sino dilatado cuanto lo quieran todos los hijos de nuestra península..., por la Unidad del Estado, del habla nacional, de la legislación civil y económica; por la unidad política, por la paz de Cristo...

Bien puede preguntar Fernández Almagro, después de citar este fragmento de oratoria: «¿qué hombre de derechas hablaría de otro modo...?»⁹. Sin embargo, el mismo año Castelar define su posición de una manera menos épica y más al nivel de las circunstancias: «Entreguemos a los hijos de ambas Antillas toda la parte del gobierno que pueda corresponderles en la democracia más amplia, sin detrimento de la integridad nacional»¹⁰. Si la primera cláusula no fuera tan ambigua, muy digna del gran tribuno, la frase podría resumir la posición de la mayoría de los republicanos: conceder —50→ todas las libertades que se pueda, pero sin perjudicar la «integridad de la patria».

En cuanto al Partido Republicano Progresista de Ruiz Zorrilla, no se queda en zaga, ni mucho menos, como revela la muestra que sacamos entre muchas, de *El País* cuando era todavía el órgano del partido: Sagasta es «un reformador liberal, capaz de curar la terrible llaga del separatismo cubano con unos proyectos inoportunos y en esta sazón antipatrióticos»... En cuanto a Weyler,

es un militar que profesa la religión del honor, y que amando sobre todas las cosas el de la patria y de las armas españolas, no quiere imponer a sus soldados la terrible humillación de ceder ante las imposiciones de una nación extranjera...

... Demócratas somos, con delirio amamos la libertad, pero si para dársela a Cuba hemos de ver regresar a nuestro ejército humillado, entristecido por una derrota sin lucha y sin gloria... ¡Ah!, entonces renegaríamos de la libertad y de la democracia, que nos dejan convertidos en un pueblo sin honra...¹¹

Y este «Editorial» no es de abril o mayo de 1898, sino de... abril 1896 (!).

«No hay diferencia ninguna entre las gentes de *El País* y las de *El Correo Español*», periódico carlista, exclama Unamuno, que añade: «Con esto de las guerras de las colonias, ha salido a lo exterior el espíritu reaccionario que llevan escondido los republicanos más turbulentos»¹².

El caso más significativo de esta «salida del espíritu reaccionario», bien escondido hasta aquí bajo el manto de la retórica obrerista, revolucionaria y hasta socialista, lo ofrece *El Progreso* cuyo director es Alejandro Lerroux a partir del 31 de octubre de 1897, y que cuenta entre sus redactores al joven anarquista intelectual Martínez Ruiz.

De una actitud antimilitarista y antibélica pasa brutalmente, después de la declaración de guerra con los EE. UU., a una postura ultranacionalista, increpando al pueblo americano que «presta sus fuerzas y su aliento —51→ a las hordas separatistas». Weyler es considerado como el posible salvador de España; y se eleva con violencia contra tal medida¹³.

En resumidas cuentas, se ve que entre los que no quieren conceder nada en la Isla y mantener el *status quo*, y los que abogan por reformas y hasta por la autonomía, hay un punto común: mantener la integridad de la Patria y salvaguardar el honor de España; así para un amplio sector político, que parece abarcar todas las capas de la burguesía, la guerra contra el separatismo es una necesidad que no se puede poner en tela de juicio, aunque haya diferencias sobre la manera de conducirla y de terminarla¹⁴.

¿Entonces cuáles son las fuerzas que se oponen a la guerra?

Hasta una fecha bastante reciente, por más señas hasta la publicación de los trabajos de Pérez de la Dehesa¹⁵, se ha creído que los añicos que se opusieron a la guerra fueron los republicanos federales de Pi y Margall¹⁶. En realidad los partidos obreros, anarquistas y socialistas, combatieron la guerra de una manera tan firme como los federales. Lo dice claramente Pablo Iglesias:

Contrarios a la guerra, irresponsables de ella, no hay

más elementos políticos que Pi y Margall y una —52→ parte de sus huestes¹⁷, y el Partido Socialista.

Pi y Margall desde El Nuevo Régimen, y el Partido Socialista desde su prensa y desde sus «meetings» han defendido las soluciones que podían haber evitado el conflicto y han abogado calurosamente por la paz...¹⁸

La conclusión que se impone, y que podría explicar el olvido ulterior, es que las campañas lanzadas contra la guerra desde *El Socialista*, de Madrid, o *La Lucha de Clases*, de Bilbao, no encontraron eco suficiente en el país.

Todavía hoy subsisten algunas ambigüedades en cuanto a la firmeza de su posición antibélica. No es exacto, por ejemplo, decir que «la base de su argumentación no es discutir la naturaleza de la guerra»¹⁹. Todos los artículos de Pablo Iglesias, los de Unamuno y otros que vienen sin firma, sitúan el conflicto en función de sus causas reales: lucha de intereses entre la burguesía cubana y la burguesía americana:

—53→

España, o mejor dicho, la clase dominante española; ha mantenido en Cuba una política restrictiva por monopolizar aquel mercado; la gran Antilla ha luchado por su autonomía y por su independencia, con el fin primordial de dar salida a sus productos en las mejores condiciones posibles y adquirir de idéntica manera los que le son necesarios; los Estados Unidos han promovido o ayudado los movimientos insurreccionales cubanos, no porque los habitantes de Cuba gozaran mayores libertades e hicieran prosperar más su suelo, sino por lograr ellos, mediante la autonomía o la independencia, con el fin primordial de dar salida a sus productos en las mejores condiciones posibles y adquirir de idéntica manera los que le son necesarios; los Estados Unidos han promovido o ayudado los movimientos insurreccionales cubanos, no porque los habitantes de Cuba gozaran mayores libertades e hicieran prosperar más su suelo, sino por lograr ellos, mediante la autonomía o la independencia, ser dueños de su mercado²⁰.

Éste es el esquema fundamental que sirve de base explicativa a la guerra en todos los artículos de la prensa socialista, y no sólo en 1898. (Véanse, por ejemplo, los artículos que Unamuno publica en 1896, en *La Lucha de Clases*).

Lo que salta a la vista cuando se lee el conjunto de los escritos socialistas relativos a la cuestión colonial, es la ignorancia casi absoluta de la realidad revolucionaria cubana, y pasa lo mismo en toda la prensa española. Parece que las únicas fuentes de información son los partes militares o las declaraciones oficiales. La existencia del

Partido Revolucionario Cubano, el nombre de José Martí, son totalmente desconocidos, y eso tanto en la prensa socialista como en los artículos de Clarín²¹. P. Iglesias alude, a principios de 1897, a «las aspiraciones muy legítimas de los habitantes de Cuba» y a la necesidad de «concluir la paz a todo trance con los habitantes de la Isla»²²; la vaguedad de la alusión a «los habitantes de la Isla» deja suponer que no se sabe quién lucha allá, y cuales son las reivindicaciones del pueblo cubano²³.

—54→

Esta ignorancia de ciertos aspectos de la realidad cubana da al conjunto de los textos socialistas sobre la guerra un carácter más bien teórico, más patente aun en los artículos de Unamuno, los cuales en su conjunto vienen a ser más un brillante requisitorio marxista contra la guerra en general que una denuncia precisa de las causas del conflicto cubano.

Partiendo del fundamental principio marxista según el cual las causas hondas de las guerras son de tipo económico, Unamuno procede esencialmente por deducción, lo que da lugar a muy exactas y brillantes demostraciones, siempre que se mantienen un punto encima de las realidades concretas y circunstanciales: véase, por ejemplo, el análisis de las relaciones entre deuda pública y patriotismo, en *La Lucha...*, 9 de mayo de 1896 (*O. C.*, 601-602) y 26 de octubre de 1985 (*O. C.*, 541-542).

Pero también es evidente que el no integrar en la demostración ciertos elementos de la realidad cubana, que, al parecer, no conoce, le conduce a veces a conclusiones si no equivocadas, por lo menos incompletas. Un solo ejemplo: en febrero de 1897, nota que por todas partes se grita: «¡paz, paz, paz!»; y explica que si «ahora se pide paz es porque está ya hecho el negocio de la guerra». Por una parte, los sindicatos de los azucareros norteamericanos que proporcionaban la mayor parte del dinero a los *insurrectos* han conseguido su objeto: la destrucción de la cosecha de la Isla y «una vez logrado el interés de su negocio, la continuación de la guerra es una pérdida para ellos»²⁴. Por otra parte, también en la metrópoli «ha resultado el negocio», porque merced a la guerra, «ha aumentado la deuda pública, y, por consiguiente, los tenedores de ella»:

Una vez colocado el patriótico empréstito; una vez redondeados los negocios de las Comillas, [...]; una vez enrarecidos los brazos y puestos fuera del mercado los hombres que estorbaban; [...]; una vez encauzado todo esto, no se oye sino gritar: ¡Paz, paz, paz!

(*Ibid.*)

—55→

Al parecer, según Unamuno, en febrero de 1897, la guerra ya no tiene razones objetivas para continuar, pues en todos los sectores «ha dado su negocio».

Ya vemos -y dicho sea de paso- los peligros de una práctica meramente deductiva del marxismo, cuando no considera todos los aspectos de la realidad. Además, la óptica exclusivamente económica en la que Unamuno sitúa su argumentación, le conduce a

poner en el mismo plano el honor nacional español y la independencia que piden los cubanos: son «monsergas» que ocultan «el negocio de la guerra» (*Ibid.*).

Sin llegar a tanto, el hecho de considerar la guerra exclusivamente como la lucha de intereses de dos burguesías explica la poca diferencia que el Partido Socialista hace entre la autonomía y la independencia, ya que el verdadero problema, incluso en Cuba, es el de la lucha entre explotadores y explotados. Lo que importa ante todo y cuanto antes es, para P. Iglesias, poner fin a la guerra, concediendo la independencia si la autonomía no tiene eficacia para producir la paz; pues, «terminado de un modo o de otro la cuestión que allí preocupa al elemento burgués, y que distrae la atención de aquellos trabajadores, quedará despejado el terreno para que en Cuba se plantee abiertamente lo que existe en los demás países: la lucha entre asalariantes y asalariados...»²⁵. Lo que ignora el Partido Socialista Español es que exista un Partido Revolucionario Cubano, que la lucha de clases ha empezado allá, y que no todos los trabajadores de Cuba se dejan engañar por la burguesía isleña.

Entre la autonomía, y la independencia, no es del todo exacto decir que el Partido Socialista se muestra indiferente. Está claro que preferiría la solución autonomista (¿Falta de conocimiento de la realidad cubana, otra vez? ¿Peso de la opinión pública? ¿Resabios de patriotismo?...): «lo que desea [el pueblo trabajador] ardientemente es que cesen las hostilidades en Cuba, aunque para ello se reconozca la independencia de la isla»²⁶.

De todas maneras, el Partido Socialista parece pensar que para Cuba es una cuestión secundaria, ya que «en lo fundamental -en la cuestión económica» los Estados Unidos tienen seguro el mercado «con la independencia de la Isla»²⁷.

Paralelamente a su lucha contra la guerra -conflicto entre dos grupos capitalistas-, la base de la propaganda del Partido Socialista es la denuncia de la injusticia que permite a los ricos redimirse del servicio militar. El tema «o todos o ninguno» de la campaña mantenida durante —56→ toda la guerra, parece, en cierto modo, contradictorio con la lucha por la paz, y en lo absoluto, lo es; pero en la medida en que las fuerzas de oposición a la guerra no son suficientes, ni mucho menos, para imponer la paz, el insistir sobre la suprema injusticia que manda a la manigua únicamente a los hijos de los trabajadores, debe de tener singular impacto en la conciencia del pueblo, a no ser que, y es lo más probable, la lucha por la igualdad ante las obligaciones militares sea impuesta por las masas obreras.

Y efectivamente, la cuestión fundamental a la que quisiéramos dar clara respuesta es la de saber cuál fue la opinión de las masas populares sobre la guerra. El tema requeriría investigaciones precisas a nivel de la prensa regional y nacional. Lo cierto es que hubo manifestaciones callejeras de oposición a la guerra. Fernández Almagro señala, que en Zaragoza, Barcelona, Valencia, Logroño, el descontento popular se exteriorizó «en franca protesta contra el envío de tropas a Cuba y contra la redención en metálicos. ¡Que vayan los ricos también!, clamaban las mujeres...»²⁸.

Varios autores coetáneos señalan la impopularidad de la guerra. Royo Villanova escribía en 1899: «La nación no quería la guerra. La campaña de Cuba no fue nunca popular [...] no se hubieran lanzado a la calle, las mujeres de Zaragoza protestando contra los embarques»²⁹. Según Macías. Picavea, la guerra desde el principio al fin «ha

sido impopular, rotundamente impopular». Nos dice que en todas partes ha encontrado la misma condena: «que la guerra de Cuba era un desastre; *que los insurrectos tenían la razon* (sic); que la isla debía venderse a todo trance...»³⁰.

Juan José Morato, por su parte, afirma con fuerza en 1917, que «jamás hubo en España guerra más impopular» y hasta escribe que el pueblo «daba la razón a los rebelados» (sic). Para Morato, si el Partido Socialista hubiera sido lo que era en 1917, «la guerra no habría durado, se la hubiera puesto término fraternalmente»³¹. En su libro recuerda que las campañas de prensa del Partido contra la guerra y para que se cumpliera la ley de reclutamiento y reemplazo de 1885, que prohibía la redención en caso de guerra, dieron al Partido las simpatías de la opinión. Es de observar al respecto que el número de votos logrados por el Partido Socialista; en las elecciones a diputados, pasó de 14.000 en 1896 a 23.000 en 1899. La progresión es considerable, pero el total revela una situación minoritaria, incluso en la clase obrera³².

—57→

Este estudio incompleto y algo heterogéneo de las repercusiones de la guerra de Cuba en el pueblo español pone por lo menos de relieve una situación contradictoria: por una parte, la guerra parece impopular, por otra, la prensa y todos los partidos burgueses, salvo los Republicanos Federales, la consideran necesaria y la apoyan; por fin, al margen del parlamentarismo, luchan por la paz los partidos obreros, minoritarios en la clase obrera, sobre todo si se incluye en ella a la masa del proletariado campesino.

La guerra de Cuba hace aparecer, una vez más, la oposición entre el país real y el país legal.

Estudiando la posición de L. Alas, veremos que, en última instancia, más allá del problema colonial, la guerra y sobre todo la derrota abren el proceso del sistema política español; también por aquellos años, y a consecuencia de los acontecimientos de Ultramar, se plantea de modo más agudo que nunca el problema de lo que es realmente España al final del siglo XIX.

Leopoldo Alas frente al problema colonial (1895-1898)

Leopoldo Alas no fue nunca un político en activo³³; catedrático de Derecho Romano y, a partir de 1888, de Derecho Natural en la Universidad de Oviedo -que vino a ser por los años de 1883 a 1890 una avanzada de la cultura liberal moderna, por hallarse allí reunido un grupo de profesores relacionados con la Institución Libre de Enseñanza-, es sobre todo conocido por sus obras de creación y por su labor periodística, orientada ante todo hacia la crítica literaria, campo en el que ejerció un verdadero magisterio. Pero también, siempre mantuvo una actitud abierta a los problemas culturales, sociales, religiosos y políticos de su tiempo; como dijo el director de *El Globo*, fue «un político platónico»³⁴.

Siempre se declaró republicano, pero si en los años de su juventud madrileña fue un periodista (de 1875 a 1880) militante, radical y hasta intransigente³⁵, después, a partir de los años 1884-85, se acercó al republicanismo conservador de Castelar, a quien tributó hasta el final de su vida, un culto que no deja de sorprender.

—58→

En resumidas cuentas, Leopoldo Alas, a la luz de sus artículos, nos aparece como el tipo mismo del intelectual consciente de pertenecer a la pequeña burguesía liberal, y consciente sobre todo, de poseer una de las riquezas que para él tiene más precio que el poder económico, la riqueza de la cultura y del pensamiento y, por lo tanto, consciente del papel que humildemente puede (y debe) desempeñar desde la cátedra y sobre todo desde el periódico.

En cuanto al problema colonial, bastante poco parece preocuparle al periodista Clarín antes de 1895. Con anterioridad a esta fecha, encontramos primero una alusión a los heridos de guerra de los diez años en *El Solfeo* del 7 de marzo de 1875³⁶; luego, en 1879, interviene con dos artículos en la cuestión entonces debatida de la esclavitud (*La Unión*, 31 de octubre y 12 de noviembre), para denunciar las desavenencias de los conservadores ante una reforma «en que va envuelto el porvenir de gran parte del territorio, y lo que aun importa más, la libertad de muchos miles de súbditos». En el número del 12 de noviembre, se alza contra la hipocresía de los que decretan la abolición pero inventan el patronato; así «el derecho se reconoce en principio; pero no se cumple»³⁷.

En 1885, los acontecimientos de las Carolinas, dan lugar a un artículo publicado en *Madrid cómico*, en el que Clarín ironiza sobre el fervor patriótico del pueblo que, impulsado por toda la prensa de gran circulación, pide guerra contra el Imperio Alemán³⁸.

Es muy de notar que no dedica una palabra a los acontecimientos marroquíes de 1890 y ni siquiera a la Guerra de Melilla de 1893, sin embargo de sonada resonancia³⁹.

En cuanto a las Antillas, no encontramos una sola alusión de 1879 a 1895. Este silencio puede ser significativo de cierta despreocupación por un aspecto de la vida española que, tal vez, aparecía a los ojos de un provinciano menos acuciante que la cuestión religiosa, los problemas de la educación o los tejemanejes políticos... Sorprende, sin embargo, que ni siquiera la reforma de Maura y su fracaso hubiesen despertado eco en un español que, cada mañana, tomaba el pulso de la prensa madrileña, y que siempre estuvo atento a la cosa pública.

Para encontrar el problema colonial en la producción periodística de Clarín, hay que esperar el número 6081 de *La Publicidad* (30 de septiembre de 1895), ya empezada la guerra abiertamente desde el 24 de febrero de 1895.

A partir de esta fecha, la atención a la cuestión cubana es, por así decir, permanente; toda pasa, pues, como si se tratara de una brutal —59→ toma de conciencia que, tal vez, es significativa de lo que paso en muchas mentes españolas, dormidas hasta aquí en la seguridad de la integridad de la patria. Y es de notar que el número de artículos dedicados, parcial o totalmente, al problema va creciendo conforme se agudiza el

conflicto; así pues en 1895 tenemos cuatro artículos, en 1896, doce, son ocho en 1897 y en 1898 ascienden a dieciocho⁴⁰. Además, los años posteriores y hasta 1901, año de la muerte de Leopoldo Alas, van marcados por una preocupación por España que se sitúa en la estela del llamado «desastre nacional». A consecuencia de la derrota y de la pérdida de las colonias, «el problema de España» se carga para Clarín de cierta nota patética, pero cabe subrayar, aunque no venga aquí al caso, que nuestro autor no esperó el año 1898 para plantearse el problema del progreso y de la regeneración de España, ya que por ellos luchó, a partir de su propia ideología, durante todo su vida.

La sociedad española frente a la guerra de Cuba, según Clarín

Ese cuadro que nos ofrece el conjunto de los artículos de Clarín no nace de un propósito deliberado del autor de estudiar y pintar las posturas tomadas por los varios sectores e instituciones del país ante el problema colonial; ese cuadro se dibuja poco a poco, según las reacciones- del autor al enterarse de ciertas noticias, o de la toma de posición, o de declaraciones de algunos personajes. La principal fuente de información es la prensa que cada día consulta Alas en el Casino de Oviedo; pero también observa cómo vive las consecuencias de la guerra la gente de su tierra, y particularmente la gente humilde del campo.

Dedica efectivamente particular atención a aquellas pobres familias del pueblo, que dan sus hijos porque no pueden redimirlos del servicio —60→ militar. La compasión hondamente humana, que experimenta por las, penas y miserias que aguanta el pueblo, se articula siempre sobre un sentimiento de indignación contra esa injusticia legal que hace que solo el pueblo da su sangre, indignación que se cambia en denuncia violenta, al notar la poca consideración que el sacrificio de las clases populares despierta en las clases acomodadas y al abrigo de todo peligro. Muy conmovedora, y a la par sarcástica denuncia, es al respecto la «visión intrahistórica» que nos ofrece el cuento en forma de «tragicomedia en cuatro escenas», *La contribución*⁴¹. Un joven soldado regresa moribundo de Cuba y desea llegar cuanto antes a su tierra, para morir cerca de su viejo padre. Cuando llega, muerto ya, sobre una carreta, las autoridades están desahuciando sin miramientos al anciano, que durante la ausencia de su hijo no pudo pagar la contribución, y la Hacienda se ha incautado de su casa⁴².

En sus artículos alude casi a diario a esos hijos del campo, a esos trabajadores que son los únicos que van a la guerra:

*Van a una infinidad de rapaces, gallegos, andaluces, aragoneses, etc., etc., que estaban trabajando en el campo o en el taller (los más, en el campo), sin saber cosas de la integridad las clases directoras, y van callados, resignados, sin enterarse de lo que a ellos más que a nadie importa; y van, y enferman, padecen, mueren...*⁴³

Esta idea le llega tan hondo a Clarín, que la sociedad española le parece dividida en dos partes: los que van a Cuba y los que se quedan.

Los primeros se llevan todas sus simpatías, porque son ellos únicamente los verdaderos patriotas. A veces, Clarín se deja arrastrar por su exaltación, hasta incurrir en contradicción con lo que ha dicho antes y con lo que dirá unos cuantos días después. El 7 de julio de 1896, afirma que sólo en la apariencia va el pueblo a morir a Cuba en forma pasiva; en realidad va «por amor a España, porque la voluntad nacional quiere de veras, en serio, callada, *elocuente con la sangre*, defender nuestro dominio en Cuba»⁴⁴. Estos arranques algo poéticos que hacen —61→ implícitamente del pueblo el depositario de los valores auténticos de la raza⁴⁵, no están muy lejos de la concepción intrahistórica de Unamuno, y ya tienen ciertos acentos Machadianos.

El pueblo da su sangre, pero también «acude en masa» con su dinero cuando *El Imparcial* organiza, en septiembre de 1896, una gran suscripción en favor de los heridos. Y Clarín, otra vez, se entusiasma al ver la «inagotable caridad» del pueblo: «no hay cosa más rica que el bolsillo de los pobres... que tienen grande el corazón»⁴⁶.

Pero esta exaltación patriótica del pueblo, a veces se ve contradicha por los hechos, por ese «vulgo desengañado que declara, que no cree en idealismos y se alegra de que no aparezcan voluntarios»⁴⁷. Sentimos que el autor no nos revele qué sector social cubre, para él, la palabra «vulgo»; el hecho es que, ante su actuación negativa frente a la guerra, la fe de Clarín en la España honda vacila: tal vez España «no es la de siempre».

Hay que ver si tantos toros, tanto sport inútil..., tanta indiferencia para el bien público [...] han viciado o no la sangre de esta raza de héroes.

A principios, de 1898, cuando Segismundo Moret presenta el proyecto que concede, por fin, una verdadera autonomía a Cuba, alude Clarín por primera, vez a la resistencia popular a la guerra. El país está ya cansado de la guerra, y «no quiere hacer más esfuerzos en grande»; hasta tal punto que la política de Moret es la «de los quintos que no quieren ir a Cuba; es la de las madres que no quieren que vayan»⁴⁸. Clarín nos revela aquí, a fines de 1897, indirectamente y casi a pesar suyo, que existía un movimiento de oposición popular a la guerra; pero ya sabemos que esta oposición se manifestó mucho antes. Verdad es que Clarín utiliza el hecho como un argumento más para pedir que los republicanos apoyen al ministerio Sagasta sobre la cuestión de la autonomía.

Después de la derrota, cae en una visión más realista, pero cargada de un pesimismo que, en la escala sentimental, es el extremo opuesto de la exaltación de los años 1895-96:

El pueblo se dejaba llevar a la guerra como se deja arruinar por los tributos, como se deja robar el sufragio, como se deja gobernar por la ineptitud y la inmoralidad: el pobre campesino que aguanta una abrumadora jerarquía de caciques, va a servir al rey, porque sí, porque el rebelarse —

62→ *es peor... El mísero recluta, el pobre siervo del terruño, discípulo in partibus de un maestro a quien el Ayuntamiento no paga, cuando coge el chopo, ni es un patriota ni es apenas una conciencia*⁴⁹.

En resumidas cuentas, la visión que por aquellos años Clarín tiene del pueblo, sin borrar los aspectos reales de la situación de éste, se enfoca a partir de posiciones más bien subjetivas. Por una parte, exaltación de cierto patriotismo difuso, casi inconsciente pero auténtico, que permanecería en el fondo del «alma» colectiva popular. Ese patriotismo se da, implícitamente en la visión de Clarín, como compensación de la ineptitud y egoísmo de las «clases directoras». Por otra, pesimismo al darse cuenta de que bien puede haber desaparecido hoy ese patriotismo que en otros tiempos -y eso lo cree Clarín- latía en el pueblo. Las causas de tal situación son esencialmente la incapacidad y la inmoralidad de las clases directoras que han abrumado al pueblo bajo el peso de un sistema corrompido.

Y esas clases directoras son precisamente las que no van a la guerra. Los que se quedan no son sólo los ricos que pueden redimirse con dinero, o los que tienen padrinos que los amparen⁵⁰:

*Las clases directoras no vamos a la guerra; los que tenemos carteras, direcciones, patria potestad nacional, más o menos vitalicia; los que guiamos la opinión desde la prensa, desde la tribuna, desde el café, desde el teatro, desde... la cama, no vamos a la guerra. Decretamos la victoria desde casa, y muchos sin saber hacia donde cae Cuba, y desorientadas porque ven que unas tropas van a América por la estación de Mediodía y otras por la del Norte. No vamos, no, como diría Castelar, si dijera algo, a la guerra, los sabios, los políticos, los que hacemos opinión...*⁵¹

Esta cita, además de revelarnos qué clase de gente estaba exenta, de hecho o de derecho, de la obligación de ir a la guerra: altos funcionarios, profesores, periodistas, escritores...; pone de relieve el desprecio de Clarín por los que así se libran de la obligación de servir —63→ a la Patria, y sobre todo por el sistema que da una forma legal a tal injusticia. Pero este desprecio es tanto más inconfortable cuanto que con él se mezcla una sincera mala conciencia, que solo se redime un poco al incluirse el autor, sin falsa hipocresía, en la categoría de los privilegiados.

Mas aun; los que tocan, la trompa del patriotismo, «el vocinglero métome en todo», el «correveidile que perora en Congreso, se bate en los periódicos», los «que organizan fiestas, despedidas entusiastas, etc., etc., son los que se quedan acá, en el fondo muy tranquilos, sin padecer las actuales calamidades» y sin sentir siquiera «los remordimientos que otros sentimos, en silencio»⁵².

Podríamos multiplicar las citas, pero nada fundamental añadirían al díptico en que el criterio esencialmente moral de Clarín divide la sociedad española: exaltación idealizada de los verdaderos patriotas que en silencio van a morir, por un lado, y por otro, desprecio por los «patriotas de la palabra» que se quedan, y que en su mayoría quieren darse tono. Pero sorprende que su denuncia de tal estado de cosas injusto no se complete por una petición de igualdad ante las obligaciones militares; hay que esperar el 9 de julio de 1898 para encontrar una frase en la que pide, de modo explícito, que vayan a Cuba «obreros, curas, señoritos, *too dios*»⁵³, y aun entonces nos podemos preguntar si es una verdadera petición de igualdad, o la consecuencia del fervor patriótico ante la guerra con los EE. UU.

Ese mismo criterio ético, que exalta el sacrificio auténtico y desprecia la falsedad pomposa, se aplica al ejército. A sus ojos, los héroes son los «valientes soldados» que mueren, anónimos y sin verse nunca premiados por sus hazañas; mientras que los oficiales, valientes a menudo, pueden pensar en la carrera y en las distinciones honoríficas. En cuanto a los generales, parecen siempre estar de viaje entre La Habana y Madrid, donde vienen a darse bombo y a perorar en el Congreso o en los salones⁵⁴.

Pero la guerra necesita dinero. Aquí también hay desigualdad, pues gran parte del presupuesto viene alimentado por la contribución, que esquilma a los pobres; así el pueblo da su sangre y también su dinero. Verdad es que los ricos han acudido al empréstito abierto a mediados de 1896, pero para ellos es más una buena ganancia que una obra patriótica, ya que el honor nacional garantiza el pago con intereses, de la deuda pública.

*Muchos han entregado sus ahorros, con verdadero sacrificio; pero los millonarios no comerán ni una trufa menos y tendrán el día de la victoria un regular botín de intereses*⁵⁵.

—64→

Lo mismo dice Unamuno, pero éste va mucho más lejos en el análisis de los mecanismos económicos de la deuda pública que es otro «negocio de la guerra»⁵⁶; mientras que Clarín, como siempre, se detiene en el aspecto moral de la «tremenda desigualdad» que hace que para unos la guerra sea «un luto de los que ennegrecen la vida para siempre» y «para otros, para muchos... una renta saneada»⁵⁷.

A finales de 1897, cuando está claro que, a pesar de la autonomía concedida, la guerra va a continuar, y más aun en el primer semestre de 1898 con la guerra con EE. UU., se hacen necesarios más y más recursos. Entonces Clarín propone que se decrete un impuesto directo, «no proporcional» sino «progresivo, limitado sobre utilidades»⁵⁸; este impuesto, sin arruinar a los ricos, permitiría repartir las cargas de manera más equitativa. Sería interesante ahondar el porqué de lo propuesto por Clarín: revelaría que, cuando el liberalismo carece del imprescindible sentido moral que lo justifica a los ojos de Clarín, se debe corregir por medidas autoritarias. Pero dicho impuesto, claro está no se ha instituido, y los ricos «no han renunciado a un día de puchero». Frente a tal ineptitud moral, y con el frenesí patriótico que en él despierta la guerra con los Estados Unidos, Clarín se desata con suma violencia:

*Lo que hace falta es meter mano al dinero de los ricos; hay que freír a contribución a los que se han hecho de oro en Cuba, a los que aquí nos ocupan mucha gente y mucho dinero para guardarles la propiedad. Impuesto sobre los indianos; confiscación de bienes de los que ocultan propiedad... Otrosí, impuesto especial y fuerte sobre los títulos de marqués, conde, duque*⁵⁹.

Nótese que no se le escapa el aspecto económico de la guerra, y denuncia en otro artículo el egoísmo de los «ricachos constitucionales», para quienes la integridad de la patria consiste en que no pierdan su predominio en Cuba.

Para muchos, si se nos diese una Cuba española, pero de la cual no sacase la península provecho, interés, —65→ no merecería Cuba que luchásemos por conservarla.

*Se ha hecho de la integridad un artículo de comercio*⁶⁰.

Para él, pues, el aspecto económico nada tiene que ver con la razón honda de la guerra, es más bien una mala coincidencia (!): «si tenemos dinero para defender en Cuba la integridad del territorio y el riñón bien cubierto (¡pícara coincidencia!) de muchos explotadores del sudor humano, es...»⁶¹. La posición idealista de Clarín le impide ver las causas profundas de la guerra, como veremos ulteriormente.

Si «los grandísimos pillos» quieren la guerra a ultranza para seguir haciendo «el caldo gordo, explotando el sudor de los indígenas», otros personajes sacan directamente provecho de la guerra. Es el caso, por ejemplo, del marqués de Comillas, que tiene el monopolio del transporte de las tropas. Pero a Clarín, liberal consecuente, le parece normal que Comillas cobre y gane, pero lo que no puede tolerar es que se le dé tanto bombo en la prensa al marqués archimillonario, «aunque sea hombre de sólida virtud». Porque -y aquí aparece de nuevo el criterio ante todo ético de L. Alas- «si se le pone en los cuernos de la luna por embarcar a otros y quedarse en tierra», ganando tantas pesetas, «qué poema, que Iliada basta para el soldado que se deja embarcar y no va ganando nada, y antes bien suele perderlo todo, perdiendo la vida?»⁶².

En cuanto a la mentalidad, observa Clarín que en España domina ahora el falso patriotismo, irracional, como todos los fanatismos, que «en todo pensamiento que no es el suyo... ve una traición»⁶³. Los que fomentan ese clima de pasión malsana, que falsea peligrosamente la opinión pública, son las clases directoras, a saber la mayoría de los políticos, los periodistas y escritores belicosos y reaccionarios, y también algunos clérigos, indignos de la Iglesia... Los españoles no conocen la historia de su país, ni siquiera se dan cuenta de la pobreza de su patria, así les es fácil a los mentecatos de la prensa engañar a sus conciudadanos, y suscitar en ellos, cuando es cuestión de la guerra con EE. UU., ese ridículo furor bélico que quiere reducir *a cenizas* a Nueva York⁶⁴. Al evocar ciertas manifestaciones antiamericanas, Clarín escribe que «a esos Cides, a esos Bernados del Carpio que piensan salvar la patria por el procedimiento relativamente

barato de romper faroles, escudos americanos [...] habría que embarcarlos para Cuba». Pero esta medida debería aplicarse «a periodistas de frase en ristre y a diputados grandilocuentes y de tiro rápido» y «no a esa pobre muchedumbre, apenas responsable de lo que hace, sugestionada por esos mentecatos»⁶⁵.

—66→

Esos periodistas que pintan «con vivos colores lo bárbaros, lo crueles que son ciertos *insurrectos*» y llaman filibustero «a quien se atreve a insinuar que nosotros no debemos ser tan crueles»⁶⁶, esos poetas patrioterros que, como Manuel del Palacio, nunca quieren reconocer el mérito del enemigo y «siempre aniquilan al contrario»⁶⁷, toda esa gente es responsable de ese patriotismo «desproporcionado, arbitrario, inmoral en suma»⁶⁸ que hoy domina en la opinión pública.

Lo más grave para Clarín es que ciertos clérigos, olvidando su misión apostólica, prediquen el exterminio del prójimo y se alegren de las matanzas y, lo que es peor, en el ejercicio mismo de sus funciones. Nos revela Clarín que por su tierra andan unos frailes que predicán sermones patrióticos. «El andar predicando la carnicería y alegrándose... de que toquen a degüello, no es cristiano...»⁶⁹.

Muy a menudo y siempre con violencia censura a aquellos «obispos que, llenos de patriotismo *medieval* [...] se meten con el estandarte y la cruz por la morisma adelante, aquí manigua»⁷⁰. En son de burla pide que vuelva Weyler y que vaya en su lugar el arzobispo de Madrid -Alcalá, Sr. Cos:

*Como buen católico, Cos será enemigo de las reformas,
cosas de luteranos. Y la lenidad de que tanto hablan los
cánones, que la parta un rayo*⁷¹.

El resultado es que ahora ni siquiera es posible ser buen cristiano.

*Si Cristo apareciera entre nosotros y dijese de un
insurrecto lo que dijo del samaritano, se le pegaban cuatro
tiros...*

*Hay obispos que hablan de la necesidad de pintar a Dios
como no es, para conservar las colonias. El Evangelio se
suspende hasta que venzan Weyler y Blanco*⁷².

En esta cuestión de la guerra, como en otras, la Iglesia española —67→ da la espalda a lo que ha de ser su misión; y Clarín, durante toda su vida, ha luchado contra esa Iglesia que se ha olvidado del Evangelio, se ha hecho institución, y desconoce la tolerancia y la caridad del corazón.

Es obvio que sobre este punto, como sobre todos los evocados en esta parte, hubiera mucho más que decir si el enfoque no se hiciera sólo a partir del problema cubano.

Pero la guerra que para Clarín es la necesaria respuesta al separatismo, como vamos a ver, pone de relieve los vicios latentes de una sociedad corrompida por un sistema político y social que ha institucionalizado la inmoralidad. Hay que repetirlo, en efecto, el criterio de Clarín es ante todo ético; nunca pone en tela de juicio la sociedad liberal, pero ésta exige de todos sus componentes, tanto a nivel político como económico, tanto a nivel social como religioso, sentido de las responsabilidades, conciencia del bien público, o sea, comunión en un ideal colectivo de todas las conciencias morales individuales.

Cabe analizar, ahora de modo explícito, la posición de Leopoldo Alas frente al problema cubano.

Cuba es España

«Cuba es España»; para Clarín es un hecho y un derecho incuestionable, afirmado y repetido desde el principio de la guerra, hasta la derrota y... aun después. En eso, el criterio de Clarín no se aparta de la línea general del republicanismo español, y está muy cerca de la posición de Castelar, pero si el gran tribuno, su «jefe político», defiende muy tímidamente su punto de vista, lo que le vale cierto reproche velado por parte de Clarín (véase cita p. 62), éste, con la sinceridad que le caracteriza; no teme luchar abiertamente por lo que considera la verdad y la justicia; y la verdad y la justicia le imponen decir ciertas cosas que van en contra de la política oficial y en contra de ciertas tendencias que dominan en la opinión pública, como ya se deduce del estudio anterior.

Para Clarín hay razones objetivas para afirmar que «Cuba es España», aun cuando el lema encierre para él indudable carga sentimental; ante todo, Cuba está poblada de españoles: los cubanos «somos nosotros mismos, son -somos- los Pérez, Fernández, González, castizos que fueron -fuimos- a Cuba hace cuarenta, doscientos, trescientos años»⁷³. Cuba es, pues, una provincia española, coma Cataluña o Asturias, «un pedazo de la península que tenemos allende el Atlántica»⁷⁴, y la historia ha consagrado «el derecho de España a la soberanía de sus dominios»⁷⁵. Durante la guerra de la Independencia toda la Nación luchaba, porque «teníamos derecho a la independencia», pero «los cubanos no lo tienen»⁷⁶, —68→ como no lo tenían los catalanes cuando emprendieron su guerra separatista, ya que Cuba, como Cataluña, es una provincia española.

Los insurrectos son, para Clarín, españoles extraviados que «cometen un crimen de lesa patriotismo no queriendo ser españoles». Y al respecto, distingue dos categorías: por una parte, «los que pueden ser cuerpos extraños que, luchando por la independencia de Cuba, pretenden sencillamente robarnos un pedazo del territorio», y por otra «los que son *tan españoles como nosotros*, aunque extraviados por la locura del separatismo»⁷⁷. ¿Pero qué son esos «cuerpos extraños»? ¿Quiere decir Clarín que hay injerencia extranjera? ¿Se alude con esa expresión a los exiliados cubanos (entre los cuales figura José Martí hasta 1895) a quienes, tal vez, la prensa personal oficial designa así por

razones de propaganda? La segunda hipótesis es la más plausible; y en tal caso, esta mentira produce efecto, ya que para el mismo Clarín, los «no españoles que se metan en nuestra lucha actual son sencillamente ladrones» y «con los ladrones, con los infames, no se transige»⁷⁸; entonces viene justificada una guerra a ultranza contra los que son enemigos de España. Lo que dejaría pensar que Clarín ha sido engañado por cierta propaganda es que, después de noviembre de 1895, no vuelve a distinguir dos categorías de *insurrectos*.

Hasta, y es muy de subrayar porque no lo repite, al hablar de «las relaciones de los insurrectos con gran parte del pueblo cubano»⁷⁹, reconoce, casi a media palabra, como se ve, que la insurrección recibe apoyo de la mayoría del pueblo de la Isla.

Pero ya desde aquella fecha de 1895, y sin conceder importancia a esos «cuerpos extraños», considera que la guerra de Cuba es una guerra civil, como lo era la guerra de Cataluña, «aunque era separatista». Desde luego, se equivocan gravemente «cuantos predicán el exterminio del enemigo, y quieren que se le coloque poco menos que fuera del derecho de gente».

Clarín dice eso en noviembre de 1895, y en febrero de 1897 nos revela que, en la prensa cubana y en el mismo periódico en que tal escribía, en el *Heraldo*, se atacó esta idea de guerra civil «como antipatriótica»⁸⁰. Se entiende que los partidarios de la guerra a ultranza, y los que piensan que el honor nacional exige una victoria total de las armas españolas, consideren antipatriótica la idea defendida por Clarín, y de manera firme y constante durante toda la guerra.

En efecto, si los cubanos son españoles, la primera consecuencia que se deduce atañe a la manera de conducir la guerra: «el sistema del terror, lo de la guerra con la guerra exclusivamente»⁸¹ es una monstruosidad, —69→ siendo los cubanos españoles también⁸². Es una condena vigorosa de los métodos radicales y sangrientos de Weyler: «la sangre española, aun la insurrecta, debe economizarse cuanto se pueda»⁸³. Compárese, por ejemplo, con las declaraciones del republicano revolucionario A. Lerroux sobre las «hordas separatistas» o las de *El País*, según el cual la opinión espera de Weyler «medidas salvadoras y radicales» (18-V-1896).

La segunda consecuencia es que se debe siempre buscar el final de la guerra por la transacción, que nunca podrá ser deshonrosa para España, ya que son españoles los cubanos. Así se explica que, a fines de 1895, se adhiera a Martínez Campos, a pesar de la poca simpatía que le tiene «al general de las corazonadas», cuando éste afirma que desea la paz, «una paz digna de España, honrosa, compatible con el incólume derecho de la patria»⁸⁴, y que apoye sin reserva el decreto elaborado por Moret y que, por fin, el 25 de noviembre de 1897, concede verdadera autonomía, aunque teme que sea demasiado tarde: «Es probable que la guerra siga a pesar de la autonomía»⁸⁵.

Ya, desde 1895, Clarín se afirma claramente partidario de la autonomía, o mejor «de la autarquía para Cuba, lo que el progreso exige a la larga o a la corta». Pero, ¿qué entiende por autarquía? Es de suponer que quiere decir que Cuba debe tener libertad total en materia económica y comercial. Clarín debe de repetir aquí un concepto difundido en la prensa, tal vez- a propósito del problema catalán, pero sin sentido claro aplicado a Cuba. En 1897 exclama, desafiando al Partido Constitucional: «Cuba será

española aunque se le deje la autonomía, y, lo que importa más, la autarquía más completa»⁸⁶.

Porque si Cuba se ha lanzado a la «locura separatista», es por culpa de los egoísmos conjugados de los reaccionarios de allá y de acá. En 1895, cita una frase de Bentham que le parece resumir todo el error de la política colonial tradicional: «La palabra de madre-patria ha creado muchas preocupaciones y muchos falsos razonamientos en todas las cuestiones sobre las colonias y las metrópolis. Se imponían deberes a las colonias y se las imponían delitos, todos igualmente fundados en la metáfora de su dependencia filial». Y Clarín comenta: «Sí, ese es el error; los cubanos no son nuestros hijos, son nuestros hermanos»⁸⁷.

No lo entienden así muchos incondicionales, entre los cuales los miembros de Partido Constitucional y la mayoría de los conservadores —70→ españoles, para quienes «Cuba no es España sino *de* España», o sea, un *dominio* español, que es de los españoles de acá, y para los españoles de acá»⁸⁸. Todos entienden por integridad de la patria las ventajas que «sacan los indios de que se considere a Cuba como país conquistado»⁸⁹.

Por defender tales ideas varios periódicos llaman «filibustero» a Clarín y éste, con el vigor que le caracteriza cuando contesta a un ataque, pone los puntos sobre las íes:

Pues, hijos, es verdad, queremos a Cuba española, pero no para uso particular de unos cuantos españoles; de esa multitud de zafios, patanes, sin más dios que el dinero, que creían que España estaba obligada a desangrarse para asegurarles a ellos la pacífica posesión de la isla. No, señor, Cuba será para los cubanos, sin dejar de ser española [...] No mandará en Cuba un militarote que muchas veces es un animal.

La culpa del conflicto la tienen pues, para Clarín, los políticos reaccionarios, y particularmente Cánovas, ese *Bismark pour rire*, que «ya está chocho», y a quien combatió Clarín durante toda su vida de periodista, porque además del nulo talento que le reconoce, le considera en gran parte responsable del sistema corrompido que gangrena el cuerpo de la nación.

Clarín cree firmemente que si, en vez de «gobernantes caducos, de ánimo despótico y reaccionario, y en vez de incondicionales que quieren conservar privilegios y *canteras* de oro», hubieran actuado «políticos liberales de veras, almas caritativas capaces de ver, en los habitantes naturales de un territorio español, españoles como nosotros, otro sesgo hubiera tomado el conflicto cubano hace mucho tiempo»⁹⁰.

A principios de 1897, piensa que es posible una solución que ponga fin a la guerra, con tal que «liberales de veras» (que podrían llamarse Castelar, Moret...) sustituyan a los conservadores, ya que ellos podrían entenderse con «la parte civilizada y no criminal de los insurrectos», o sea con los miembros, del Partido Liberal Autonomista, a quienes en otra parte designa como la «parte inteligente y honrada de los insurrectos».

Después de Cavite, afirma otra vez que si España está en un callejón sin salida, la culpa la tienen los políticos reaccionarios, pues está convencido de que, si «España fuera una República con un nombre garantía —71→ a la cabeza, Castelar supongamos, nuestras cuestiones con los insurrectos, y aun con los yankees, hubieran tomado sesgo muy diferente»⁹¹.

Vemos, pues, que la posición de Clarín no se aparta mucho de la tendencia general de la burguesía liberal, que quiere establecer con Cuba otro tipo de relaciones que las del colonialismo tradicional. La originalidad de Clarín, y de seguro de otros intelectuales «desinteresados», reside en su idealismo; es decir, que quiere ante todo que se establezca y fortifique entre la Isla y la Metrópoli una fraternidad de raza, de lengua, de cultura, de ideal común en suma. En la filosofía de Clarín los aspectos económicos y mercantiles, considerados de seguro como necesarios, ocupan un puesto inferior y secundario respecto con los valores ideales. Cabe observar que la mayoría de los «políticos de veras», representantes de la burguesía moderna, emplean el mismo lenguaje, pero es el disfraz ideológico, más o menos consciente, de una voluntad de sustituir el colonialismo oligárquico por una forma de colonialismo más adaptada a los imperativos del capitalismo moderno⁹².

Así, a nivel retórico, la concepción de Clarín coincide con la ideología de la burguesía liberal; en realidad, hay cierta discontinuidad entre el idealismo de Clarín y las fuerzas reales, de naturaleza económica, que, en última instancia, sustentan ese ideal, y nuestro autor puede aparecer como un intelectual integrado que no quiere ver todas las implicaciones que supone su integración en la pequeña burguesía.

Verdad es que a los ojos de la Historia, Clarín puede aparecer como un ideólogo más (consciente o inconsciente, no tiene importancia a los ojos de la Historia) de la burguesía liberal, pero a nivel individual, su posición es conscientemente desinteresada, puramente filosófica⁹³; cabe decirlo, aunque no sea más que para marcar la diferencia con los «políticos de veras», *v. gr.*, Castelar, que, él, aboga por una forma de colonialismo moderno, más adaptado a las exigencias del incipiente, pero creciente capitalismo.

Pero no perdamos el hilo de nuestro estudio.

Antes de que estalle la guerra con los EE. UU., Clarín se da clara cuenta de la potencia real del adversario, y combate la campaña patrioterica —72→ de la mayoría de la prensa, que engaña otra vez peligrosamente a la opinión pública. Varias veces ridiculiza el burlesco furor bélico de los españoles: «Para reducir a cenizas a Nueva York, ¡Oh!, españoles, necesitabais haber sudado mucho oro, trabajando todo un siglo»⁹⁴. Sabe que la guerra con la potente república sería un suicidio para España; y denuncia por loca la fórmula «hasta el último hombre; hasta la última peseta».

Después del «desastre»

Pero después del «desastre» se siente hondamente herido, como español, y en un primer momento participa de la reacción nacionalista que entonces domina. Después de

Cavite, el primer ministro inglés, Salisbury, ha declarado que «ciertas naciones cristianas [España] están moribundas» y tienen que «entregar su territorio a otras naciones fuertes, vivas, nuevas»; Clarín reacciona con suma violencia, defendiendo a España:

Una nación no muere, ni agoniza porque le queman un poco de madera podrida. Una nación es ante todo un alma, y el alma de España, no agoniza.

Reconoce que su patria tiene enfermedades: holganza, vanidad patrioter, «profunda inmoralidad de no pocos», pero «no tenemos costumbres corrompidas...; no tenemos el espíritu amarillento por la codicia...; la familia, esa base necesaria de los pueblos viriles, en España no está corrompida, y en el pueblo, en el pueblo pobre, tenemos virtudes profundas, serias, calladas, como lo prueban los mares de sangre del proletariado vertida en Cuba y en Filipinas»⁹⁵.

De todas formas, lo que venció en Cuba fue la «máquina guerrera» de los EE. UU., y la fuerza es despreciable frente al valor de la sangre: «No hay mejor sangre que la nuestra. Para el soldado, la herencia»⁹⁶. Comentando luego, el protocolo de paz (12 de agosto de 1898), reafirma que el derecho que España tiene sobre Cuba es intangible, «y el hecho de que los EE. UU. hayan podido más no significa que ese derecho se ha perdido». Desde luego, el criterio nacional exige que se mantenga el «derecho de reivindicación» sobre las Antillas, «y por mucho tiempo acaso»⁹⁷.

Considera, pues, que la misión de España en América no ha terminado, y que es un deber procurar que «las Antillas sigan siendo lo más españolas que se pueda». Cabe observar que esta idea no surge como compensación —73→ ante la independencia de Cuba y Filipinas, sino que entronca con una preocupación permanente de Clarín: la de las relaciones entre España y sus antiguas colonias de América. Estas relaciones, ante todo culturales, deberían permitir la realización de lo que llamaba en 1890 «esta bendita fraternidad literaria de América y España»⁹⁸. Pues bien, es ese tipo de lazo, esa fraternidad cultural, lo que España podría establecer con Cuba, si ésta «no se hace yanqui de cuerpo y alma», pues en tal caso «se habrá perdido para todos». Nota que en la América Española lo más instruido de la juventud ilustrada desea unirse con «la España liberal, moderna, democrática»⁹⁹. La juventud española debe salir al encuentro de esa noble tendencia¹⁰⁰, y tal vez, «dentro de pocos años, Cuba, si no se la asimilan los anglosajones, puede entrar, como las demás Repúblicas hispanoamericanas, en una estrecha alianza con la madre común, con esta pobre España que los americanos no confunden con nuestros miserables reaccionarios, feroces, injustos, necios, ignorantes, ni con nuestros lamentables gobiernos».

Ahora bien, para que sea posible en lo venidero ese lazo entre América y España, es preciso una regeneración de España en el sentido de una democratización y sobre todo de una moralización de toda la vida española, lo que implica en primer lugar un saneamiento de la vida política.

Como señala Laureano Bonet¹⁰¹, lo que propone aquí Clarín es el cambio de la imagen tradicional que España tiene en América, o sea la sustitución del concepto

castizo de lo hispánico por un concepto de la —74→ hispanidad que nazca de una España regenerada, capaz de influir desde posiciones culturales avanzadas en sus antiguas colonias.

La cuestión de la renovación de España se plantea, como se sabe, de modo agudo a consecuencia de la pérdida de las colonias («literatura del desastre», generación literaria llamada del 98...)¹⁰².

Después del «desastre», y pasado el momento de la reacción apasionada, Clarín como los demás reflexiona sobre la situación de España. Es el tiempo del balance.

A pesar de la honda tristeza que experimenta, no quiere dejarse arrastrar por el pesimismo absoluto de los que piensan que «España lleva el mal en la sangre»; no quiere juzgar «por los síntomas subjetivos que engañan»¹⁰³. Quiere rechazar también las superficiales tentaciones en que caen los que «buscan responsabilidades, un *reo* a quien culpar». Por su parte, no descarta responsabilidades efectivas, a corto plazo, como, por ejemplo, la política reaccionaria de los conservadores, pero al situarse en una perspectiva histórica más amplia, le parecen causas más hondas y más graves. Ve en la pérdida de las colonias «un efecto natural de la historia», «una consecuencia de la vida social en la edad moderna»¹⁰⁴.

En el verano de 1898, Clarín toma clara conciencia de lo que es realmente la situación de España y pone el dedo en una de las causas fundamentales de la pérdida de las últimas colonias:

*Un dominio colonial como el nuestro, tan lejano, tan codiciado y tan difícil de guardar es un lujo propio de una nación próspera, fuerte*¹⁰⁵.

España era, en efecto, un pariente pobre de la Revolución industrial, y ni siquiera pudo mantener a Cuba en su zona de influencia económica; se limitó al puesto de intermediario, de comisionista, y aun imponiendo de modo autoritario medidas coercitivas que garantizaran ese papel. El hecho es que, como escribe Roberto Mesa, Cuba, «es, desde mediados del siglo XIX, el proveedor principalísimo de los EE. UU. de Norteamérica, y consume muchos más artículos producidos por su rico vecino del Norte que por la metrópoli; la balanza de pagos se ha desplazado hace tiempo, y Cuba ha entrado a depender de otra esfera de influencia»¹⁰⁶.

—75→

Unas de las consecuencias que Clarín saca de la situación es que hay que emprender cuanto antes las reformas que España necesita, y proceder a la *reconquista* agrícola e industrial de la península.

Hay que empezar por la reforma interior, por convertir el suelo propio, el patricio, no el colonial, en rico, próspero, capaz de permitarnos el lujo de tener la bandera española

clavada en islas remotas. Lo mismo se abandona a Filipinas marchándose de allí, que insistiendo en vivir en España del crédito que no tenemos, del trabajo de la minoría y de las glorias del Romancero.

Pero la salvación de España no está solo en el positivismo utilitario como parecen entenderlo «la multitud de políticos, arbitristas, periodistas, rentistas y tenderos que piden a voz en cuello que nos alejemos de mirar las estrellas y atendamos a la tierra; que cerremos Universidades y abramos escuelas de artes y oficios y granjas modelos; que suprimamos doctores y hagamos industriales».

Clarín denuncia aquí el programa regeneracionista que sólo atiende a lo utilitario. Para él no es que sobren doctores y falten industriales, «es que faltan industriales y doctores». Contra el regeneracionismo de los «almacenistas» asesta sus flechazos una y otra vez, porque la renovación de España no puede proceder de los tenderos reunidos por Costa y Paraíso; la Unión Nacional es tan sólo una agrupación de gente que confunde el interés egoísta de una clase con el interés de la Nación. El «regeneracionismo hidráulico» debe estar supeditado a la regeneración cultural: tal es, en pocas palabras, el sentido del regeneracionismo de Clarín. Para él, España no se pierde por culpa de los libros, al contrario: la raíz del mal está en la ignorancia del pueblo, sobre la cual, en última instancia, estriba el sistema de corrupción que hoy domina en la sociedad. La moralización de la vida pública pasa por la instrucción y la educación del pueblo.

Es verdad que, a consecuencia de la pérdida de las colonias, el problema de la renovación de España se plantea, para Clarín, de modo agudo y a veces patético, pero es muy de subrayar que las líneas de fuerza del regeneracionismo cultural, que defiende con vigor después de 1898, están presentes implícitamente en toda su labor periodística. Más: todo el combate de Leopoldo Alas, en la prensa, en la cátedra y, mas especialmente a partir de 1897, en la Extensión Universitaria, va orientado en este sentido: propagar la instrucción, despertar la conciencia del hombre y del ciudadano, en una palabra desarrollar todas las capacidades espirituales e ideales.

El regeneracionismo de Clarín es un tema muy importante en la encrucijada ideológica y de enfrentamiento de clases de fin de siglo. Pero es otro tema...

* * *

—76→

Para resumir, diremos que, aparentemente, la posición de Clarín frente al problema cubano no difiere mucho de la del republicanismo que quiere conceder la autonomía, pero que considera necesaria la guerra para oponerse al separatismo. Pero, además del problema moral que la guerra le plantea, el concepto de la unidad entre España y Cuba viene en él matizado y enriquecido por la supremacía concedida a los lazos culturales sobre los valores coloniales de tipo económico o administrativo. Esto último es lo que hace, creemos, la originalidad de la posición de L. Alas, aun cuando se pueda tachar de poco realista, aun cuando autorice ver en nuestro autor un intelectual integrado que no

quiere asumir todas las implicaciones de su posición de clase. Esta primacía y esta permanencia de lo cultural, o en sentido amplio de lo moral, es lo que hace la unidad de la posición de Clarín en aquellos años, y diremos en toda su vida. El problema colonial y la sociedad de su tiempo se enjuician a partir de criterios éticos que rechazan lo falso, lo inauténtico, la corrupción, la codicia, la injusticia... Por lo demás, Clarín es muy consciente de pertenecer a la burguesía liberal, y cree firmemente que el liberalismo, con tal que se prolongue con la ética imprescindible, es el único sistema, social que puede permitir el desarrollo de los valores individuales; por eso rechaza el colectivismo, que es primitivismo antecristiano, lo que no impide de su parte un movimiento de simpatía hacia los socialistas, los hombres más que la doctrina.

Sin ocultarse la situación real de la España de fin de siglo, le anima la fe en el progreso; así no cae en el sombrío pesimismo de la «generación literaria». La derrota, más aun que la guerra, ha puesto de relieve los vicios de la sociedad de la Restauración, algunos heredados pero todos remediabiles. Lo que hace falta en primer lugar, es un saneamiento de la vida política (no un cambio de estructura) en sentido democrático y moral... Cabe colonizar a España, promover la industria, renovar la agricultura; pero sobre todo cabe desarrollar por la educación el sentido de la responsabilidad del ciudadano, cualquiera que sea el puesto que éste ocupa en la escala social. La redención de España está en el desarrollo por la cultura de la conciencia individual, necesaria condición para que haya una conciencia colectiva. Cuando rijan el sentido moral, la regeneración de España será posible en todos los sectores, incluso en el plano material que, para él, queda y debe siempre quedar supeditado a lo ideal, entiéndase a la idea.

Ya vemos que Clarín se sitúa en la línea reformista de la tradición krausista y, en cuanto a filosofía de la Historia, coincide con el ideal de don Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



editorial del cardo